

OTRA MANERA DE SER IGLESIA HOY ES POSIBLE

Por todas partes crece la pobreza sociológica, de razón y de fe. Los tiempos son difíciles, pero a la vez apasionantes, con posibilidad de alumbrar un nuevo kairós en medio de esta cultura moderna, posmoderna, secularizada, empobrecida, neoliberal y globalizadora. En medio de todo esto cabe plantearse si es posible y factible otro mundo, habitable para todos, donde brote la globalización de la solidaridad, de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Y también si es posible y factible otra manera nueva de ser iglesia, misterio y pueblo de Dios en comunión fraterna en misión.

En tiempos convulsos, de inclemencia eclesial y social, el reto de un paradigma de otra manera de ser iglesia hoy, Religión y cultura LVI (2010) 393-424.

INTRODUCCIÓN

Con motivo del centenario del nacimiento del P. Arrupe (1907-2007) hice en Málaga una memoria agradecida y provocativa de este profeta del siglo XX, que supo unir la originalidad profética y la obediencia institucional, que nos enseñó a ser pedagógicamente creativos y evangélicamente imaginativos en situaciones de cambio y que supo encontrar la presencia creadora de Dios en el fondo de las situaciones, de las personas, de los signos de los tiempos, de las culturas, de los empobrecidos de la tierra.

Los tiempos convulsos que vivimos no son mejores ni peores que los ya pasados. Hoy nos movemos entre la convulsión, la inclemencia social, eclesial, la

desinstitucionalización, la disidencia ante el magisterio eclesiástico, los que dicen “Jesús sí, iglesia no” o “cristianos sin iglesia”. Pero, por otra parte, estamos decididos a emprender un camino nuevo, fruto de nuestro encuentro con Jesús.

Además, en la iglesia se respira desconcierto, rechazo, miedos. Como dice Víctor Codina: “La vida del cristiano de hoy en la iglesia no es nada fácil. A muchos cristianos ‘nos duele la iglesia’. Hoy la pertenencia a la iglesia, el sentirse iglesia pasa por la cruz.”

También, los que vivimos la euforia del Vaticano II y el postconcilio, ni nos resignamos ni renunciamos a aquellos tiempos en que veíamos acercarse la utopía de Jesús de recrear la humanidad des-

de la gratuidad y fruición de Dios y la presencia del Espíritu Santo, buscando lo que une y no lo que separa.

El reto es creer que es posible otro mundo, habitable para todos, socialmente justo y en el que pueda florecer a nivel global la solida-

ridad, la libertad, la fraternidad y la igualdad. Y también que es factible otro modo de ser iglesia, Misterio y Pueblo de Dios en comunión fraterna, en Misión. Una iglesia acogedora, samaritana, hogar, santuario, misionera y profética.

DESCRIPCIÓN SUMARIA DE ALGUNOS RASGOS DE ESTOS TIEMPOS

Disconformidad con la estructura eclesial

El obispo de Brujas, Metz, ya denunció en el Concilio que nuestras estructuras eran demasiado clericales, juristicas, triunfalistas, anticuadas, que no respondían a las necesidades de los hombres de nuestro tiempo; lo cual pone en tela de juicio la fidelidad a Jesús. Y le falta coherencia: reclama libertad para ella de cara a la sociedad y la niega en su interior, y no sustituye sus estructuras de poder e imposición por otras de servicio con autoridad más colegial y diaconal.

Yves Congar, teólogo “sospechoso” pero “recuperado” por Juan XXIII, confesaba: “No gustaba mi visión de la iglesia, pues ponía en entredicho el sistema piramidal, jerarquizado, jurídico (...). Mi ecleziología era la del ‘Pueblo de Dios’ (...) la participación activa de todos los cristianos en la vida de la iglesia. Roma no apreciaba, además, que preconizase la vuelta a

las fuentes”. Y comentaba “Es penoso ser víctima de la estupidez”.

Malestar y desacuerdo en la iglesia

La iglesia pierde credibilidad y adhesión cuando se presenta como una estructura jerárquica y autoritaria con dogmas, doctrina y reglas inamovibles. En cambio, tiene credibilidad cuando se compromete con la promoción y la defensa de los derechos humanos y con la justicia social, y da testimonio de lo que cree. Un número creciente de católicos no se identifica con la iglesia jerárquica y su magisterio. Es el fenómeno de los cristianos sin iglesia. El cristiano pasa a ser más un grupo de referencia que de pertenencia. Hay un éxodo masivo, silencioso y creciente de los que abandonan la iglesia pero no la fe en Dios.

Camilo Maccise, ex general de los Carmelitas, denuncia “un tipo de poder que no tiene en cuenta el

derecho a la legítima diversidad en la iglesia, y la exigencia evangélica del diálogo y de la superación del miedo. Habla de formas de violencia en la iglesia y cita tres: 1) El centralismo, contra la colegialidad y el esfuerzo de descentralización iniciado en el Vaticano II. 2) El autoritarismo patriarcal, excluyente, especialmente con las mujeres, en los espacios de participación. 3) El dogmatismo que impone una sola perspectiva tradicionalista elaborada desde condicionamientos filosóficos y culturales de épocas pasadas.

La crisis de la institución se manifiesta en que los mismos cristianos carecen de identidad cristiana. A la hora de definirse como católicos lo hacen por criterios personales y no eclesiales, como serían la ortodoxia o práctica moral. Las instituciones eclesíásticas ya no tienen peso ni en el interior de la propia religión.

Falta sintonía con la realidad y no se llega (o se llega tarde) a abordar los dilemas humanos, sociales, éticos, planteados por la ciencia, la política, la juventud, los pobres, la familia, el mundo indígena. Corremos el riesgo de perder el tren de la vida condenando por absurda, como hizo Gregorio XVI en 1832, la libertad de conciencia. Este mismo papa condenó el pararrayos.

Frente a esta situación, otros como el obispo Casaldáliga o los cardenales Tarancón y Marty, han abogado y luchado por una iglesia colegial, descentralizada, descle-

ricalizada, más igualitaria (haciendo efectiva la igualdad de la mujer), profética (es decir, creíble y veraz), sin miedos de confrontación con Roma. El desconcierto puede llevar a resucitar situaciones de antaño, con enfrentamientos entre la tradición y la apertura a la novedad del Vaticano II.

Discernimiento y diagnósticos

Discernimiento versus institucionalización excesivamente jerarquizada, parámetros viejos para sociedades en constante renovación, tristeza de las celebraciones en nuestra Europa envejecida frente a la alegría verdadera de las celebraciones en los países más pobres. En España, la iglesia está profundamente dividida en tendencias y grupos que dificultan no sólo la unidad sino la acción en el mundo.

En este panorama aparecen algunos modos de subsistencia. Grupos que tienen una relación tenue con la jerarquía, más formal que real, congregaciones que intentan subsistir más preocupadas por ellas mismas que por su servicio a la comunidad eclesial, personas y grupos que buscan ser apostólicos de otra manera ya que nuestra iglesia no se caracteriza actualmente por su especial potencial apostólico.

Aparecen también diagnósticos rigurosos sobre toda esta situación.

Diagnósticos duros como la carta pastoral de los obispos vascos y de Pamplona, (cuaresma del 2005), el escrito *Carta a Monseñor Romero*, de Jon Sobrino, las opiniones de B. Häring...

En ellos se denuncia la contraculturalidad de la vivencia de la fe, el ir muriendo en muchos ambientes. Se advierte que la iglesia no va bien, anclada en un pesimismo y una tristeza ambiental que invitan a la diáspora, al menos en Europa. Una vez más, la crisis que llega con el cambio va más rápida que la capacidad de reacción de la iglesia. La iglesia sigue anclada en el mundo que está desapareciendo, incapaz de reaccionar ante el que está naciendo.

Pero también en lugares como en América Latina, el profetismo de los que se alegraban por ser perseguidos a causa de la defensa de la fe, por tener hambre y sed de justicia, la necesidad de ir al encuentro del pobre, del crucificado, del violento, se ha anquilosado. ¿Qué necesidad hay todavía de controlar la pluriculturalidad del mundo entero desde una iglesia envejecida, jerarquizada y anclada en la fe más tradicional?

Involución

Con Juan Pablo II (1978) se frena la tradición de reforma iniciada en el Vaticano II. El miedo a la dispersión y fragmentación, a la opción preferencial por los pobres, a

las consecuencias inevitables de una reforma de la iglesia, tuvo como efecto generalizado la búsqueda de seguridad y la absolutización del dogma, la ley y el poder central de la iglesia. El liderazgo espiritual y pastoral ya no lo tienen ahora los grandes obispos y teólogos del Vaticano II: la generación de obispos de Europa, de Medellín (los santos Padres de la Iglesia del Concilio) o los teólogos de la liberación europeos. Casi todos son deslegitimados, perseguidos o marginados.

La involución de la iglesia genera un movimiento neoconservador y fundamentalista que, en su furia restauradora, no sólo intenta demoler una teología, sino destruir la capacidad misma del cristiano de ser sujeto creativo en la iglesia y en la sociedad. Ahora el sujeto que lo determina todo es el poder, la ley, la institución. Desaparece la capacidad de crear y pensar libremente en la iglesia. Es el “fin de las teologías” y el nacimiento de una nueva “teología” compuesta normalmente por un florilegio de citas de documentos oficiales. La teología se hace mediocre y repetitiva. Muchos movimientos y organizaciones católicas tienen mucho poder y dinero, pero no tienen teología y mucho menos espiritualidad.

La sociedad está demasiado crispada y polarizada. Lo cual impide que cuestiones como el terrorismo, los territorios, la educación, se resuelvan de manera laica, es decir, por un consenso estable lo

más global posible, al margen del partido que esté en el gobierno y de las diversas confesiones que se den en estos campos. El carácter laico de una sociedad no implica ni beligerancia ni proselitismo de ideas no religiosas. Una buena educación laica no debe ser un obstáculo para la educación en la fe. La educación y la formación en la fe no tiene por qué ser tarea de la escuela pública, y, menos, en una sociedad laica, sino tarea de las familias y de la comunidad creyente. Pero no podemos perder de vista que en la educación secularizada y pública, la religión como materia curricular para todos los alumnos ayuda a comprender la tradición cultural en la que se vive y ayuda a apoyar la convivencia en un estado plural.

En este capítulo de la inclemencia social quiero abordar dos cuestiones: aportación de la iglesia a la democracia y cómo la iglesia debe saber intervenir en la sociedad civil.

Aportación de la iglesia a la democracia

Tiene todavía un gran papel en las democracias aunque no ejerza roles en la política. Toca temas de valores y de sentido al tomar decisiones en políticas sociales: casos actuales de bioética, investigación con células madre, enseñanza de la religión, interpretación de la sexualidad, aborto, eutanasia... La razón no puede dar todas las res-

puestas. Como afirma Habermas: “La filosofía tiene razones para aprestarse a aprender de la religión”. Hace falta una elevación del nivel moral para poder resolver casos de soledad de los ancianos, de sida, etc. ¿Cuál es la motivación para dar ese salto moral? Las tradiciones religiosas aportan esa sensibilidad y motivaciones para la solidaridad, generosidad, desprendimiento, gratitud. Deben saber los políticos y los laicismos excluyentes que la sola política no produce los valores que sostiene la misma democracia: responsabilidad, solidaridad, participación...

Si al estado laico se le pide que cuide el teatro, el folclore, la música, ¿es mucho pedirle que preste atención a las tradiciones religiosas que tienen a sus espaldas todo un acervo cultural y un movimiento de vida solidaria? Esto se logra evitando el dogmatismo y el control de las conciencias. El estado neutral no ofrece visiones últimas, deja un vacío, y ahí la religión puede aportar algo con su sentido último y totalizante. Una laicidad, si es ilustrada y responsable, sabe que tiene una aliada en la iglesia para forjar una democracia adulta y madura.

Es falso que el estado laico sea ateo o esté en contra de la religión. Esto sería una perversión de la laicidad. Otra cosa es el laicismo excluyente, que es beligerante, marginal y agresivo. Existen cuestiones fronterizas que pueden crear conflicto, como pueden ser la clase de religión, el matrimonio, el aborto,

el divorcio, la eutanasia, la homosexualidad. No es fácil asegurar esa pretendida neutralidad metafísico-religiosa. Se quiera o no, no es fácil obviar totalmente el tema de la religión del sentido último. En las políticas sociales existen asuntos que tienen que ver con las cosmovisiones religiosas. No queda más remedio que el entendimiento entre la iglesia y el estado.

La iglesia debe saber intervenir en la sociedad civil

En el marco de la sociedad civil, la iglesia tiene muchas posibilidades en capacidad educativa en valores, en cuestiones de sentido, de derechos humanos, de cuidado de la naturaleza, de las causas de la justicia, etc. Puede aportar mucho como lugar de acogida, de encuentro, como experta en humani-

dad. Pero el modo de hacerlo es decisivo: de forma democrática, ofreciendo y no imponiendo, desde la racionalidad. Apelar a la autoridad de la revelación es equivocarse de tiempo y de lugar social.

El verdadero enemigo de la religión para un creyente no es el laicismo del estado, sino el neoliberalismo y sus consecuencias: funcionalismo de la vida, mercantilismo, vaciamiento de sentido, consumismo, individualismo, etc. Causa pena oír a los obispos hablar de la degradación moral de nuestra sociedad y no denunciar el vínculo existente entre el capitalismo consumista y la degradación moral que origina. Pero el problema de fondo más grave radica en la “ruptura cultural” entre evangelio y culturas, denunciado ya por Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975)

ALGUNAS NOTAS MÁS RELEVANTES DE ESE PARADIGMA DE OTRA MANERA NUEVA DE SER IGLESIA

El documento de Aparecida (DA) dice del paradigma fundamental cristiano que tiene su origen y se vive en comunión con el Padre, con su Hijo, muerto y resucitado y en la comunión en el Espíritu Santo. El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la iglesia (DA 155; LG 1). También insiste en la misma línea que María, Madre de la iglesia, es artífice de comunión. La iglesia-familia se genera en tor-

no a una madre, quien confiere “alma” y ternura a la convivencia familiar (DA 268)

“Iglesia, baño en el Espíritu”

Hoy un signo nuevo de los tiempos pide a todo el pueblo de Dios tomar conciencia, explicitar la presencia real y misteriosa del Espíritu Santo. El Espíritu Santo

está dentro de la iglesia, no hay que buscarlo fuera. Hay que escucharle en comunidad sabiendo que no habla sólo por medio de los pastores.

No hay vida cristiana sin el Espíritu Santo. Y sin Él nos falta gracia, luz, nervio, valor para asumir el compromiso de ser persona humana madura, libre, responsable, solidaria. Tenemos que estar atentos, como recuerda *Gaudium et Spes*, a las nuevas señales de los tiempos. Es necesaria su presencia si la iglesia quiere encarnarse en la mentalidad sociocultural del modernismo y postmodernismo.

Pablo de Tarso nos recuerda que sin Jesús no podemos nada. En el NT, la acción interior del Espíritu Santo constituye la acción determinante de la vida del discípulo, de la comunidad, de la iglesia. Un criterio de autenticidad es su coincidencia con los dichos y hechos de Jesús. Y un criterio de discernimiento, en la iglesia, para saber si está bien o mal son los pobres. En cambio, desde la Edad Media, la iglesia impuso lo canónico, lo corporativo, lo jurídico, la sumisión, el acatamiento, lo disciplinar, por considerar la acción del Espíritu como una propina divina.

En el mundo actual hace falta seguir el camino neotestamentario que da primacía (sin prescindir de lo demás) a la acción del Espíritu Santo. Eso implica cambiar de acentos. Una comunidad no es tanto un aparato institucional, sino una comunión entre hermanos, sin

imposiciones, cada uno con su tarea en el servicio común. El alma de la iglesia es el Espíritu Santo. Su eficacia humanizadora, evangelizadora y de samaritana nace del Espíritu que la vivifica en la unidad y el amor. Es evidente la necesidad de una cristología y una eclesiología pneumatológica.

Cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural

Sólo se salva lo que se asume.

La mirada del creyente tiene que ser como la mirada de Jesús. Tierna y compasiva, pero también crítica con la realidad. Una realidad que expresa un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. ¿Hemos tomado conciencia del cambio de época? Crisis de los socialismos reales, nueva cultura tecnócrata, triunfo del neoliberalismo, con el mercado como ídolo, desde cuyos centros de poder se imponen a los países empobrecidos cargas insostenibles que enriquecen a unos pocos a costa del empobrecimiento de muchos. Con todo esto se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación en el mundo con Dios.

Siempre se dijo que ser cristiano es un don. El gozo de Dios es que el hombre y la mujer se realicen en plenitud (San Ireneo). Esto contrasta con la tragedia de la cultura actual que ve un Dios triste, resentido, como algo indeseable que entra en la vida del hombre pa-

ra amargarle. El individualismo debilita la convivencia comunitaria y deja de lado el bien común.

Hoy está en juego la convergencia de las diversas culturas, una convergencia capaz de proyectarse en un destino histórico común. Aparecida habla de la complejidad de la relación entre culturas y de la necesidad de un imperativo que ayude a superar los discursos que pretenden unificar la cultura con enfoques basados en modelos únicos. (DA 59)

La transformación provocada por las comunicaciones y la globalización económica es de tal magnitud que nos sitúa ante un imponente impacto social, comparable en extensión y en profundidad a la revolución industrial.

Profetas y testigos

Ante todo esto, formulo así mi hipótesis de trabajo, aunque provisional: a) anunciar a Jesús es suprimir esclavitudes, pecados, exclusiones, y empeñarse en la promoción integral de TODO el hombre y de TODAS las mujeres y hombres. b) Recuperar el rostro de la iglesia del Vaticano II, misterio y pueblo de Dios, comunión de hermanos, de comunidades, todos por igual, participativos, proféticos, solidarios, en donde los pobres son acogidos y ocupan el centro de la mesa, la autoridad se

entiende como servicio y no como poder, se impone el diálogo ecuménico, desde las bases.

Se trata de una nueva manera de ser iglesia, poblada de profetas y testigos que destacan por su sensibilidad humana, espiritual y social. El profeta recibe y transmite mensajes del TOTALMENTE OTRO, con quien se relaciona en profundidad. Transmite la Palabra con cariño, interés, entrega y denunciando, proponiendo, ejecutando, en comunidad. Todo creyente anuncia, proclama, se compromete con la liberación-salvación, lo cual implica denunciar el pecado. Los graves problemas, como la globalización que origina la exclusión social de muchos que además son considerados sobrantes y desechables (DA 65, 61. 62, 33, 35).

El profeta experimenta a Dios en la historia y lo hace presente. Coopera en la tarea de hacer crecer en el mundo la libertad, la justicia, la misericordia, la no violencia, el sentido de fiesta en el mundo consumido por ídolos del mercado, del placer, del tener, del poder. Camina entre la experiencia de Dios y el compromiso con el pueblo. Desenmascara el ateísmo de rituales y formas religiosas que no producen frutos de amor, de justicia y de bondad. Y paga muchas veces su opción con el martirio. Una garantía de servicio es llevar las huellas martiriales como Jesús.

HOY SER CREYENTE IMPLICA UNA CARGA Y FUERZA PROFÉTICA Y MARTIRIAL INTENSA Y EXTERNA

En toda política global se imponen hoy ciertas categorías éticas como pueden ser los entendimientos, los consensos, reconciliaciones, cooperación mutua, etc. en contra de la política anterior: agresión, revancha, abuso de poder, individualismo.

Hay que sacar de la fe todo su jugo político. Hay que vivirla militante y transformadoramente. Hacer de la profecía una especie de hábito connatural, fruto específico del bautismo, de denuncia, de anuncio, de consolación. La caridad sociopolítica es la forma de caridad más estructural. Va a las causas, no sólo a los efectos. Cuida la vida, transforma la historia. Hace el Reino.

San Agustín decía que en este mundo no hay nada agradable sin amigos. La fraternidad de Jesús estaba integrada por amigos, por amigas que le ayudaban. En ella tampoco estaba ausente la belleza, la estética, que nos trasciende, sublima, hace nuevas las cosas, las personas, la naturaleza, nos aproxima a la verdad entrañable.

Cuántas veces aprisionados por el peso de la Ley, hemos privado al ser humano de vivir el esplendor, el gozo, el placer de la vida, del amor. Y Dios es Amor. En esa profundidad, captar a Dios es vivir la vida humana en todas las perspectivas que nacen de la luz de la fe, de Dios, de las exigencias éticas

y de la causa de Dios y del hombre, que son las mismas. La espiritualidad llega a su culmen cuando nos encontramos con Jesús, “Sacramento originario del encuentro del hombre con Dios”. Jesús se hace en nosotros testigo y nos hace testigos de la Buena Nueva.

Una utopía creíble

Con todo, nos tenemos que preguntar: ¿cómo puede ser la iglesia una buena noticia en un mundo tan sobrecargado de noticias? Siendo creíbles, y esto hay que ganárselo, implicándose en la lucha por la justicia, por ser una dimensión constitutiva de la evangelización, del ser cristiano, discípulo de Jesús, que es lo que decía Max Weber: “la maldita manía de la biblia de ponerse del lado de las víctimas.”

Sigue vigente el símbolo de Juan XXIII de abrir ventanas, porque la iglesia huele a viejo; ofrecer nuevos símbolos, signos, gestos, actitudes, provocaciones que ayuden a descubrir la oferta gratuita de Jesús y su Reino. No tener miedo. El Espíritu Santo está presente en la sociedad secularizada y en el sur empobrecido. Los símbolos ayudan a penetrar la opacidad de las nieblas neoliberales y a levantar el vuelo de la utopía. No podemos bajarnos de la utopía de Jesús

de Nazaret, porque en el fondo es lo que buscamos. La utopía nos hace avanzar. Hay futuro cuando apostamos y trabajamos por una vida para todos y por un mundo más humano, que sea habitable y un hogar de iguales, de hermanos.

Para ello se hace camino en el mundo, de comunión, de participación para la liberación. Ese camino sólo se puede recorrer pisando la huella martirial de la Cruz de la Resurrección, de la Pascua del Señor. Comunión hacia adentro y liberación hacia afuera. Es un camino que es fermento escatológico de historia, camino que acerca el Reino, que esperamos hasta que el Señor venga. El rostro de la fraternidad se expresa y celebra en la fiesta de las bienaventuranzas del nuevo pueblo de Dios.

Discordia en la iglesia

La iglesia que celebra la eucaristía es casa y escuela de comunión, donde los discípulos comparten la misma fe, esperanza y amor al servicio de la misión evangelizadora (DA 158).

Y, si es nuestra casa ¿cómo andamos tan divididos? Si la iglesia de Dios vivo, según nos recuerda la primera carta a Timoteo, se levanta sobre la base y el pilar de la verdad, ¿cómo nuestras diferencias, polarizaciones distanciamientos, lo desdican? ¿Cómo superar la discordia en la iglesia, que nos traumatiza y nos hace sufrir?

Discordia entre dos grandes tendencias como nos muestra Timothy Radcliffe: la de los “católicos del Reino”, que tienen a la iglesia como pueblo de Dios que peregrina impulsado en la fe por el Espíritu Santo y, por otra parte, la de los “católicos de comunión”, los cuales insisten en la identidad, la reserva ante la modernidad y en resaltar la cruz, el sufrimiento, la obediencia de fe.

En la geografía humana católica todos sufrimos las consecuencias de ese shock, que tiene muchas expresiones. Señalo algunas: a) el gozo de sentirse en casa en la iglesia queda amenazado y minado. b) Con el Vaticano II los “católicos del Reino”, esperanzados con una iglesia renovada y periférica, no tardaron en sentirse decepcionados y traicionados. c) Los “católicos de comunión” también se decepcionaron al perder tradiciones, formas litúrgicas. Todos se sienten exiliados en alguna manera. d) Aparecen reacciones traumáticas en cadena, se desconfía, se hace inhóspito el clima del hogar eclesial.

Cómo sentirse en casa en la iglesia

Posibles salidas del estado de shock: a) Si somos comunidad del Señor, juntos tendríamos que sentir la pérdida del hogar que todos sufrimos. b) Cómo ser conscientes de que todos somos necesarios en la iglesia. c) Cómo ser capaces de

compartir el mismo Pan sin sentirnos extraños y no sabemos encontrar el Espíritu Santo en el conflicto. d) Saber vivir la tensión como oportunidad para el diálogo y no desde la frustración. Y aunque no hay otra salida que el diálogo, no es fácil. Porque mientras los liberales hablan de diálogo, los conservadores hablan de verdad. Y se puede considerar tan buena una posición como la otra. El cardenal Joseph Bernardin, arzobispo de Chicago, aconseja cambiar la palabra diálogo por “conversación”, que etimológicamente significa “vivir juntos” y pasó luego a significar “hablar con otro”. Sólo hablando se construye la comunidad. Vivir juntos es compartir la palabra. Y, a través de la palabra, llegamos a la vida trinitaria. e) No temernos unos a otros. El temor al otro es falta de fe

Radcliffe concluye diciendo que no se puede tolerar más la polarización. Sanar la división exige comprender la angustia de los católicos que no piensan como nosotros. Debemos abrir nuestro entendimiento y nuestra imaginación para conversar cavando hondo hasta llegar al nivel en el que nuestras visiones e intuiciones básicas lleguen a ser reconciliables.

El pequeño rebaño

Karl Rahner por los años 60 tuvo un sueño que plasmó con magistral claridad: “En este tiempo futuro habrá por todas partes en el

mundo (...) comunidades cristianas católicas. Y por todas partes serán el pequeño rebaño, ya que la humanidad crece con mayor rapidez que la cristiandad, ya que los hombres (...) serán cristianos únicamente por una acción propia de fe, difícilmente comprada y por la que habrá siempre que jugar de nuevo”.

El cardenal Danielou también se planteaba la cuestión numérica y se preguntaba en el plano de los principios si no es preferible una iglesia como un pequeño grupo de cristianos auténticos en medio de un mundo masivamente ateo.

En la misma línea el cardenal Ratzinger mantenía que el cristianismo debe ser una minoría creativa. Todo ello no significa una renuncia de la presencia de la iglesia en el mundo, sino que se orienta a modos más esenciales de esta presencia discretamente ardiente, como la presencia de Dios.

El paradigma de ser iglesia de otro modo pasa por recuperar la fuerza y coherencia de la fe, dejando actuar al Espíritu Santo, que está dentro, y por presentar a un Dios que sigue presente en el mundo. Hay que buscar vasos inteligibles para las personas de hoy.

Esa presencia se muestra en los empobrecidos del hemisferio sur, en su clamor por la liberación, en la memoria que Dios tiene de “los más chiquitos, los más olvidados”, como nos recuerda Bartolomé de las Casas.

Lo que define un proyecto, una vida, es el “desde dónde” pensamos, vivimos y celebramos la vida. La vida desde el Espíritu nos marca el ritmo y el itinerario a seguir. Hoy tenemos que descubrir –con discernimiento, en clima de diálogo y oración– por dónde pasa el Espíritu y aprender a quedarnos con Dios prescindiendo de todos los ídolos que nos asedian.

No menos importante es la comunicación. Tenemos que estar atentos al modo de comunicar y a la actualización del lenguaje para que sea significativo.

Y en este paradigma no puede faltar la actitud y la conducta ética

ejemplar. En la distribución de recursos, por poner un ejemplo serio, estamos bajo mínimos de justicia. Por razones de justicia y felicidad hemos de hacer una revolución ética. Asimilar la realidad actual desde la ética del Reino que es ofrecido gratis a todos haría posible este paradigma de otra manera de ser iglesia, en el que creo y modestamente práctico. Es posible y factible si aplicamos el dicho ignaciano: “Como si todo dependiese de Dios y todo dependiese de nosotros”.

A la iglesia de hoy le falta creatividad, profecía y confianza en el Espíritu.

Condensó: DOLORS SARRÓ

N. de la R. Los textos que siguen son del Cardenal Newman. John Henry Newman, nació en 1801. Anglicano, entró en la iglesia católica en 1845, fue nombrado cardenal por León XIII en 1879 y murió en 1890. Los textos han sido tomados de la monumental obra de Ian Ker: John Henry Newman. Una biografía (2009). La cifra entre paréntesis tras cada texto remite a la página de este libro.

Lo que escribí como protestante ha tenido mucho mayor impacto, fuerza, significado y éxitos que mis trabajos católicos y esto me causa un gran conflicto (502).

Desde que estoy en ella (la iglesia católica) he encontrado muy poco aparte de abandono y desolación... todos los afectos humanos se han quedado con aquellos a quienes abandoné (523).

La Iglesia en sus primeros mil quinientos años de existencia ha ido siempre por delante de su tiempo (682).